

Carlos Roldán Larreta

IX-1997

Nació en Pamplona en 1965.

Licenciado en Filosofía y Letras y doctor en Historia y Teoría del Arte por la Universidad Autónoma de Madrid.

Es diplomado en Fotografía Profesional por el CEV y también diplomado en la especialidad de Cinematografía por el TAI.

Su vocación literaria es tardía. Obtuvo su primer premio en 1996 en el VIII concurso de cuentos *Valle de Gordexola*; y en 1997 ganó la IX edición del concurso de narrativa *Pedro de Atarrabia*, de Villava.

Recientemente su libro «El cine del País Vasco» (de Ama Lur 1968 a Airbag 1997), ha sido aceptado para su publicación por Eusko Ikaskuntza.

Colabora asiduamente con la editorial LUR y además publica sus artículos en varias revistas de Navarra y País Vasco.

LA SOMBRA DE SARA

El futuro nos tortura y el pasado nos encadena.
He aquí por qué se nos escapa el presente.

Gustave Flaubert

París no se acaba nunca, y el recuerdo de cada persona que ha vivido allí es distinto del recuerdo de cualquier otra. Siempre hemos vuelto, estuviéramos donde estuviéramos, y sin importarnos lo trabajoso o lo fácil que fuera llegar allí. París siempre valía la pena, y uno recibía siempre algo a trueque de lo que allí dejaba. Yo he hablado de París según era en los primeros tiempos, cuando éramos muy pobres y muy felices.

Ernest Hemingway

Before you slip into unconsciousness
I'd like to have another kiss
Another flashing chance at bliss
Another kiss, another kiss

The days are bright and filled with pain
Enclose me in your gentle rain
The time you ran was too insane
We'll meet again, we'll meet again…

Jim Morrison

Para Garbiñe, por los días de placer vividos
en la rue de la Roquette, entre las avenidas
y el tiempo tierno de Pére Lachaise



arry estaba sentado frente al caballete que sostenía el lienzo casi terminado. Llevaba un mes trabajando en él. Otro paisaje urbano de París. Impecablemente realizado. Tan pulcro… Seguro que le daría un buen puñado de francos en cualquier galería de la ciudad. Pero él era consciente de que esa obra no valía nada. Era similar a todo lo que había hecho antes. Bueno, quizás éste poseía algo más de fuerza, pero en el fondo era engañoso ya que ese poder venía dado por el tema –un conjunto de tumbas judías en el cementerio de Père Lachaise– más que por el talento de su pincel. Se levantó lentamente y siguió mirándolo… era frustrante ser consciente de tanta superficialidad. No porque albergara ilusiones de llegar a ser un gran paisajista como Pissarro, Monet o Sisley. No. Era más profundo que todo eso. Sabía que tenía talento. Lo que le faltaba era ilusión. ¡Le hacía tanta falta el aliento de Sara!… Se separó del cuadro y fue hacia la ventana. A lo lejos se veía el bosque de chimeneas, tejados y pináculos que cubrían la ciudad de París. Aquella vista le ayudaba a distraerse. Pero ese día el recuerdo de Sara era demasiado intenso. Se acercó hacia el viejo gramófono y puso la canción, la canción de ambos, una melodía de jazz lenta y triste que repetía incesantemente la misma estrofa; «Antes de que te deslices en la inconsciencia, quisiera otro beso, otra destelleante ocasión de felicidad, otro beso, otro beso…».

Había conocido a Sara a principios de diciembre de 1941 en un café de Missoula, su localidad natal. Celebraba con sus hermanos un año excelente en los bosques con la pesca y la madera

cuando la vio por primera vez. «Esta es la hermana pequeña de Nick Michelson, la que vivió varios años en Filadelfia, así que ten cuidado con tus modales Harry... » Todos rieron la gracia del hermano mayor y siguieron con su juerga. Todos menos Harry. Se quedó allí, temblando de ansiedad, perdiendo el rumbo cegado por el resplandor de esos inmensos ojos grises que le observaban con insistencia, sufriendo por no poder adentrarse en ese cuerpo y ocultarse allí para siempre prendido en esos labios húmedos y en esa interminable melena rubia. Entonces ella se acercó y en medio de aquella melodía triste que repetía sin cesar *otro beso, otro beso*, le dijo como en un susurro... «sácame de aquí, por favor». No fue capaz de reaccionar al principio. Aquella voz penetraba en su interior como un cuchillo helado impidiéndole reaccionar con normalidad. Pero el peso de la incertidumbre era tan tremendo que Harry se despojó de sus miedos, se levantó y tomando con decisión su mano se alejó con ella de ese lugar. Se casaron sólo una semana después en un juzgado perdido entre la frontera con Canadá y el mar.

Durante el viaje de novios se amaron en una cabaña anclada en los bosques cercanos a Missoula porque no tenían dinero para disfrutar de destinos más lujosos. La verdad es que tampoco les hacía falta otra cosa que tenerse el uno al otro. Y allí, en medio de esa inmensidad poblada de abetos rojos y pinos, Harry le contó a Sara todo lo que quería hacer. Le dijo que pensaba luchar por ser un gran pintor, que viajaría en cuanto pudiera por Europa y que, sinceramente, apenas entendía por qué una chica como ella se había comprometido con él. Ella sonreía y le miraba con esos ojos dulces. «Eres distinto a todo lo que he conocido... no podría querer a nadie más... » Esas eran las únicas respuestas que recibía un cada vez más feliz y asombrado Harry. Ella también le hablaba de sus ilusiones, de su forma de ver la vida. No tenía ningún interés en realizarse en un trabajo concreto. Es más, para ella el trabajo era una forma de esclavitud, algo que inevitablemente condenaba a la gente a una cruel y larga decadencia. Sara lo llamaba la «chapuza» de Caín. Pero no se podía luchar contra ello, porque era un asunto sin solución posible... sus ideas eran simples, elementales, de una brillantez asombrosa... como su belleza. Luego pasaba con

toda naturalidad a temas diversos como la política –«el día que apueste por un ideal determinado no me dejes caer, Harry, amor mío, en manos del psiquiatra de mi familia de Filadelfia»– o la religión –«sí, soy judía y atea, a pesar del rabino Bloch»–. Su sonrisa era contagiosa. Harry no recordaba haber gozado tanto de la vida nunca. Estaba seguro de que era feliz.

Volvieron a Missoula al cabo de un mes. Las noticias de la guerra en Europa y del frente abierto contra Japón por el ataque a Pearl Harbour eran preocupantes. Todo el mundo hablaba de los japoneses pero Harry y Sara se aislaban de aquella realidad tenebrosa encerrándose en un hábitat que olía al penetrante y pegajoso aroma del sexo y del que sólo salían para cubrir necesidades básicas como el comer y el respirar. Aquella vida de salvajes se acabó con un telegrama de Filadelfia. Un hermano de Sara, Max, indignado por las noticias que se tenían del trato que recibían los judíos bajo el poder de Hitler se había empeñado en volar hacia Inglaterra para alistarse en la RAF. Así que Sara partió, no ya para hacer desistir a Max de su idea, sino al menos para poder despedirse de él, pero nunca llegó a Filadelfia porque su avión se estrelló cuando atravesaba el lago Michigan camino de la Costa Este.

Cuando le dieron la noticia, Harry estaba pensando en ella oyendo su canción. Mucho más tarde, cuando se quedó solo, todavía seguía Sara presente en la habitación, flotando su cabello entre las paredes, sus ojos grises sonriendo detrás de las cortinas, su sombra postrada en la cama soñando con un abrazo. Al amanecer, su estela se desvaneció entre las primeras luces que entraron en la habitación y Harry se quedó allí atrapado intentando averiguar qué podía esperar a partir de ese momento de una vida sin Sara.

Harry retiró el disco de un violento manotazo. Se acercó de nuevo a la ventana para contemplar el cielo gris de París. Luego giró la cabeza lentamente y su mirada se encontró con el caballete. Aquel maldito cuadro era una burla. Peor que eso, era la demostración evidente de su condena. La ausencia de su esposa le había convertido en un ser vacío, incapaz de aportar un poco de vida a un lienzo, de hacerle el amor de verdad a una mujer o de acostarse una noche en la cama sin haber pen-

sado durante todo el día en Sara. Destapó una botella de ginebra y se la llevó con desdén a la boca, dejando que el alcohol le horadara por dentro igual que en aquella semana que pasó borracho antes de alistarse en el ejército.

Varios días después de la muerte de Sara, Harry seguía encerrado en su casa sin dar señales de vida. Sus hermanos, preocupados por la situación, decidieron ir a buscarle. Como nadie atendía las llamadas pensaron lo peor y entraron derribando la puerta. Cuando se acostumbraron a la oscuridad vieron a Harry desvanecido en el suelo, rodeado de botellas vacías y con todo el aspecto de no estar ya presente en el mundo. Pero Harry estaba vivo, si es que a la existencia que arrastró Harry durante el año que siguió a la muerte de Sara se le podía llamar vida. La única actividad que desarrollaba era la de vagar como un poseso al anochecer por las calles mientras durante el día dormía con fervor la borrachera. Una mañana se hartó de todo y les dijo a sus padres que se iba a alistar en el ejército para luchar contra los alemanes. Su familia no dijo nada. Harry era ya un extraño. Lo habían perdido para siempre el día que Sara voló hacia Filadelfia. En el ejército, pensaban, no duraría mucho. Un joven frágil y taciturno como él, con una irremediable inclinación a la melancolía y totalmente consumido por el recuerdo de la esposa muerta no podía tener futuro en la carrera militar. O al menos, eso era lo que creía todo el mundo.

En la primavera de 1944 la familia de Harry recibió una escueta carta en la que el joven soldado les hablaba de su vida en el ejército. Hacía prácticamente un año que se había ido de casa y era la primera noticia que tenían de él. También les avisaba de que algo grande iba a ocurrir pronto en el frente europeo pero no les daba muchas más explicaciones. El padre se mostraba orgulloso de la fácil adaptación de Harry al entorno militar. «Vendrá convertido en un héroe», insistía alborozado. La madre, más lúcida, le dijo que era posible, pero que albergaba serias dudas sobre su regreso ya que Harry no se había alistado en la infantería de los Estados Unidos para luchar contra los alemanes sino que tan sólo estaba allí buscando que alguien acabase lo antes posible con su vida.

Mientras en Missoula deliberaban sobre la guerra ningún miembro de la familia podía sospechar que en esos momentos Harry se encontraba montado en una barcaza de asalto frente a las costas de Normandía avanzando hacia una estrecha franja arenosa situada entre Pointe de la Percée y Prot-en-Bessin, lo que los mandos americanos llamarían luego «la sangrienta Omaha». Entre las ráfagas de metralleta que silbaban sobre su cabeza, un mar encrespado con olas que alcanzaban los dos metros y una lluvia de fuego y explosiones provenientes de las murallas defensivas alemanas, llegar a tierra y establecer una cabeza de desembarco se antojaba como una misión imposible.

Lo peor llegó cuando las embarcaciones quedaron a unos 300 metros de la playa. Las compuertas se abrieron y el fuego que venía de las murallas defensivas alemanas se multiplicó. Varias cargas de mortero alcanzaron de lleno al bote que estaba a la derecha y los cuerpos de los tripulantes salieron despedidos al mar envueltos en llamas. La barcaza de Harry y la que estaba a la izquierda fueron acribilladas por el fuego de las ametralladoras. Harry vio cómo los cuerpos de sus compañeros se hacinaban ensangrentados en el suelo y viendo que la situación era desesperada se arrojó al agua para intentar llegar a la orilla nadando. El soldado que llevaba la radio se lanzó con ella detrás, pero como no era capaz de mantenerse a flote con ese peso empezó a gritar, «por Dios santo, no me dejéis aquí, me ahogo». Harry intentó nadar hacia él pero una nueva ráfaga de ametralladoras le obligó a sumergirse y a nadar en otra dirección. Cuando sacó la cabeza buscando aire el pobre desgraciado había desaparecido.

Cuatro horas después de haber recibido la orden de desembarco Harry ganó la playa a nado. La orilla estaba llena de cadáveres. A unos les faltaban los miembros. Otros estaban desfigurados por el fuego. Las olas, en su indiferente baile al morir en la arena, amontonaban los despojos de la carnicería en largas hileras de restos. Teléfonos de campaña, cascos, salvavidas, cajas de munición, un torso humano ennegrecido al que le faltaba la cabeza... Aquella playa era el infierno en la tierra. Cuando Harry avanzó unos pocos metros se encontró con un soldado que profería gran-

des alaridos y que intentaba en vano unir los jirones de carne que quedaban de su pierna izquierda con el pie arrancado de cuajo, alejado varios metros por el impacto de una granada de mortero. Al lado un asistente sanitario atendía a otro soldado que entre sollozos suplicaba ver a su madre. Los intestinos escapaban de un boquete enorme abierto en el vientre y el joven asistente se esforzaba en colocarlos de nuevo dentro. Luego sacó varios imperdibles e intentó cerrar la herida...

Harry estaba agotado cuando llegó a la base del acantilado. Los disparos seguían sonando a su alrededor pero él, después de todo lo que había pasado, se acostumbró con facilidad a la precariedad de ese infame refugio. Cuando cayó la noche, entre aquellos cuerpos de soldados confundidos en el fango y despedazados por la metralla, sintió una desesperación intensa. La muerte –le había visto la cara durante todo el día– se burlaba de él negándole la posibilidad de abandonar una existencia que le era insoportable. El la necesitaba como el único remedio posible contra el dolor de vivir. Se tumbó en la arena mojada y antes de arañarle unas horas al sueño cayó en la cuenta de que durante todo el día no había pensado ni un sólo instante en Sara.

En Omaha Harry inició su meteórica ascensión en la carrera militar. Gracias a hombres como él capaces de aportar serenidad y organización en aquel caos fue posible establecer con los 1.000 supervivientes de la tragedia una cabeza de desembarco en aquella playa. Pero fue en la conquista de Carentan donde realmente se forjó su leyenda. Aquel muchacho tímido y reservado se convertía en el fragor de la batalla en un soldado temible, dotado de un valor cercano a la locura y de una lucidez para la estrategia propia de un individuo que hubiera nacido sólo para la guerra. Durante el violento contrataque lanzado por los panzergrenadier de las SS la mañana del 13 de junio sobre Carentan, Harry penetró armado con un bazooka y un fusil dando alaridos en un enorme caserón que dominaba la entrada al pueblo tomado por los nazis. Sus compañeros contemplaron agazapados en el borde de la carretera la acción suicida. Los disparos y las explosiones duraron unos minutos. Pronto se hizo el silencio. Cuando el humo se disi-

pó, varios soldados del Cuerpo de Ejército V americano penetraron en el interior del edificio fascinados por la atracción de la muerte, tan presente en esa oscuridad ruinosa y vacía. Y allí estaba Harry, rodeado de cadáveres enemigos, con la respiración entrecortada y la mirada perdida enredada en las formas sinuosas que creaban las luces y las sombras sobre las paredes derruidas.

En los últimos días de abril de 1945 Harry entró en Berlín. La guerra había acrecentado aún más esa imagen de hombre endurecido y amargado que se había apoderado de él al abandonar Missoula para alistarse en las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos. La capital nazi aún se debatía en duros combates que se libraban casa por casa y se resistía desesperadamente a la capitulación final. En una de esas refriegas perdió a sus compañeros y se refugió en un edificio. Estaba descansando cuando un lejano cuchicheo que venía de la planta baja le puso de nuevo en estado de alerta. Preparó su fusil y se dirigió hacia unas escaleras que desembocaban en un amplio sótano. Allí cuatro civiles alemanes, un hombre y una mujer jóvenes y una pareja de ancianos, cubrían un agujero socavado en el suelo. Harry les dio el alto mientras les apuntaba con su arma. Les ordenó que se retiraran para comprobar lo que había allí enterrado. El hombre joven se acercó en tono amistoso intentando explicar que ahí no había nada que pudiera serle útil pero Harry lo apartó de un manotazo.

Entonces Harry escarbó un poco con el pie e instantáneamente todo un arsenal de distintivos nazis salió a la luz. Una pistola Walther P-38, una placa de esmalte con una bandera nazi y la inscripción «mit uns» (con nosotros), y lo más revelador, un puñal de las SS con el filo surcado por la inscripción «La fidelidad es mi lema». El joven SS, viéndose descubierto, se colocó delante de sus familiares y probó la vía del diálogo, quizás por vez primera en su vida. «Otra guerra va empezar ahora, amigo, y ustedes y nosotros estaremos en el mismo bando, luchando juntos contra el comunismo... ». Acto seguido, de manera teatral, tendió la mano a Harry. El le miró como si fuera a responderle pero no lo hizo. No podía. En esos momentos sólo veía a sus compañeros despedazados por las balas en las costas de Normandía o

cayendo como guiñapos en la cuenca del Ruhr. Luego entró de nuevo, como a principios de abril, en el campo de concentración de Orhdruf y se encontró otra vez con los cadáveres apilados de los prisioneros ejecutados. La escena era tan aterradora que los americanos obligaron al burgermeister de Orhdruf y a su esposa a visitar el campo. Ambos, al volver a su casa, se suicidaron. Cuando logró bucear hacia la superficie para escapar de aquellos recuerdos de sangre y muerte se topó otra vez con la mirada del SS. «Piénselo bien, oficial americano... » repetía. Harry cargó su fusil y sin decir una palabra apuntó sobre la cabeza de la anciana y disparó. Su cuerpo se estrelló contra los estantes de la pared mientras la cabeza estallaba en mil pedazos. Su marido se agachó hacia ella tratando de evitar que se golpeara contra el suelo. Cuando comprendió lo que había pasado se giró pero ya un nuevo disparo partía del fusil para acertarle justo entre los dos ojos. No tuvo tiempo siquiera de odiar a Harry. El SS tomó de la mano a su mujer. «Ustedes no lo entienden... nosotros cumplíamos las órdenes de ese loco» suplicó temblando esperando la piedad de Harry. Este no pudo contener su desprecio. «Os veré en el infierno, cabrones», dijo mientras dirigía con cuidado la mira de su fusil encañonando de manera precisa la cabeza del SS. Un disparó rompió el silencio acumulado en el sótano. Después otro, y allí ya no quedó nadie para contarlo. Harry, cediendo a un instinto irreprimible de carácter tribal, cogió la pistola Walther y el puñal SS para conservarlos como botín de guerra y abandonó ese lugar de muerte. Cuando llegó a la calle se topó con una patrulla de soldados americanos.

–¡Eh muchacho!, qué haces tú por aquí tan sólo. ¿Sabes dónde diablos está el jaleo?, le preguntaron. Harry miró hacia el cielo y tomó aliento. Luego miró a aquella partida de seres extraviados en la noche y les dijo; «Ni lo sé ni me importa. Para mí esta mierda se ha acabado.»

Sí, para Harry aquello había terminado. Paseó por Berlín durante toda la noche. Los edificios ardían y sonaban los disparos en una monotonía lejana. Y allí, en medio de esa desolación, comprendió que estaba perdido y que no tenía salida. En la guerra no

había encontrado lo que buscaba. Una fuerza misteriosa andaba al acecho conjurando los peligros, librándole una y otra vez de la muerte, encadenándolo a la tierra a años luz de Sara. Se sentó en unas ruinas y colocó con desidia un cigarro en sus labios. Entre los incendios un nuevo día nacía. Y Orfeo, en el infierno, veía cómo Eurídice se fundía en el humo que ascendía hacia el cielo. Y no podía hacer nada por evitarlo.

Caminaba por la habitación como un león enjaulado. No quería emborracharse y dejó la botella de ginebra sobre un armario. Abrió un cajón y buscó nervioso en su interior. Entonces sacó la pistola Walther que requisó en Berlín durante la guerra. Pocos meses después de haberse instalado en París tras abandonar el ejército había salido una noche con ella por la ciudad. En un oscuro garito se vio involucrado en una pelea por una prostituta. Era una chica muy joven, no demasiado guapa, pero con un cuerpo realmente hermoso. Harry se acercó a ella y le preguntó si le cobraría mucho por pasar la noche con él. La chica no le hizo caso porque vio que estaba bebido. Harry la cogió de la cintura y le dijo algo al oído. Ella se revolvió y pidió ayuda a su chulo así que de pronto un puño se abalanzó sobre el rostro de Harry derribándole sobre el suelo. Todos rieron. Estaban hartos de ese pintor americano que andaba siempre borracho. Pero para dejar fuera de combate a Harry hacía falta algo más que un puñetazo. Se levantó, cogió del pelo al chulo y le asestó un golpe en la base del abdomen con la rodilla y después, aprovechando que se había quedado inclinado, le propinó una brutal patada en la cara. Entonces sacó la pistola y apuntó con ella a la muchacha mientras le decía entre risas, «furcia de mierda, no me metería en tus bragas ni aunque me compraras un puto cuadro… » En los tiempos de París, cuando estaba ebrio, ese tipo de comportamiento no era extraño en Harry.

Una vez licenciado del Ejército, Harry se planteó qué hacer con su vida. Los soldados americanos ardían en deseos de volver al hogar, pero para él, esa posibilidad estaba totalmente descartada. Cualquier rincón de su país, por insignificante que fuera, le traía el recuerdo de Sara. No, no podía volver a Missoula, no podía contemplar nunca más aquellas arboledas inmensas, ni quería oir hablar ya más de la maldita Filadelfia. Lo único que sabía es que

debía mantenerse lejos de esos lugares. Hizo su equipaje y tomó un tren que le llevó a París. Pensó que ese era un buen lugar para establecerse, aunque sólo fuera por un tiempo.

Los méritos de guerra facilitaron el asentamiento de Harry en París. Gracias a la señora Waugh, esposa de un alto cargo de la embajada americana, consiguió un alojamiento en la rue Gozlin, cerca de la Plaza de Saint Germain des Prés. Al principio logró sobrevivir con la ayuda de la señora Waugh, que había decidido tomar bajo su protección a ese compatriota de aire atormentado que se negaba a regresar a su país. Y como la señora Waugh estaba bien relacionada con el ambiente artístico de la ciudad animó a Harry a retomar su antigua afición por la pintura, al menos mientras no encontrara una fuente de ingresos más rentable. Y así comenzó esa nueva etapa en la existencia de Harry. Salía por la ciudad con sus telas y pinceles y elaboraba cuidadosos bocetos que luego desarrollaba con más intensidad en su lúgubre y pequeño apartamento de la rue Gozlin. Un día retrataba la vida cotidiana de la plaza Contrescarpe, intentando atrapar los vibrantes colores de esa humanidad que nacía a la vida tras el trauma de la guerra. Otro día se acercaba a la rue Füstenberg para pintar un rincón escondido donde estaba situada la antigua vivienda del pintor Delacroix. Otra opción apetecible era acercarse al Sena para captar las formas que emergían del agua.

Sin embargo, en esos primeros tiempos, la pintura no era todavía una ocupación obsesiva. De noche le gustaba, como en Missoula, pasear por las calles y frecuentar las tabernas para beber buen vino francés. No era raro verle pasar horas enteras en Les Deux Magots o en Le Flore, y regresar a casa invariablemente borracho. Evitaba a la gente en general, aunque se sentía cómodo entre el vecindario anónimo y pobre, como él. No soportaba el mundillo intelectual de la zona de Saint Germain des Prés, bastante alicaído, por otra parte, con respecto a los tiempos de la guerra. Las tabernas se llenaban, con todo, de pintores, escritores y poetas que se reunían para crear o simplemente para discutir. Esos artistas influenciados por el horror de la guerra daban forma a un arte rebelde, duro y pesimista. Pero a Harry, todas aquellas ideas le

resultaban indiferentes. Había vivido la guerra en la línea del frente y había participado en la liberación de los campos de Orhdruf y Buchenwald. Nadie podía enseñarle nada sobre la condición humana. Además, para él, el centro del horror nacía de la ausencia de Sara. Se sentía culpable de no compartir esa aflicción por la humanidad, pero el único drama que le aturdía seguía siendo la muerte de su esposa. A pesar de los años transcurridos no podía resignarse. Se veía incapaz de soportar el dolor de su pérdida y no tenía otro deseo que librarse de él.

Una noche en que el recuerdo de Sara bullía con una fuerza especial en su interior creyó verla en Le Flore. Había una muchacha sentada en la barra junto a un individuo al que conocía de vista. Era un importante banquero francés que se sentía a sus anchas entre los artistas. Viéndola allí de espaldas, con la melena rubia cayendo sobre los hombros, era la viva imagen de Sara. Harry se acercó a ella ofuscado por el parecido y agarrándola del hombro buscó con ansiedad su rostro. «Lo siento, me he confundido... », dijo Harry una vez hubo tomado de nuevo contacto con la realidad. Volvió a su mesa, a su soledad y a su botella de vino. Pero al rato la joven se acercó a Harry.

–¿Era muy guapa... la chica con quien me has confundido? Por toda respuesta, Harry apuró un buen trago de vino.

–Yo sólo soy una puta ¿sabes?, dijo tímidamente la chica.

–Vaya, no sé por qué pero eso me recuerda que mi vida sexual no ha sido muy intensa en estos últimos años... le respondió con cierta ironía Harry. «y también me recuerda –prosiguió Harry– un agradable encuentro que tuve el otro día cuando saqué de paseo a mi querida Walther». Pero ella no pareció sentirse dolida por su actitud. Probablemente estaba acostumbrada a ser tratada así.

–Oye, –insistió la joven– ¿por qué no me llevas a algún sitio? Estoy harta de ese imbécil con quien he venido. Es un pobre hombre que sólo tiene dinero... me da asco ¿Nos vamos juntos de aquí?

Harry la miró de nuevo. Hasta ahora en sus únicos contactos con prostitutas primaba más la pelea con el chulo de turno tras

una noche de borrachera que la búsqueda del placer carnal. Pero esa chica era demasiado atractiva. Y su belleza despertó en Harry un instinto que llevaba años reprimido en su interior. «Vámonos ahora mismo», dijo sin dudar Harry.

Esa noche, mientras la joven se desnudaba, Harry la abrazó y cerró los ojos soñando que ese cuerpo que estrechaba con todas las fuerzas de su alma para fundirse con él en medio de una marisma infinita de sábanas húmedas era el de Sara. Desde su muerte nunca hasta ese momento se había acostado con otra mujer. Esa joven, tan parecida a su esposa, le permitió liberar un impulso que le mortificaba todas las noches. A partir de ese día Harry se habituó a consumir algo más que alcohol en sus largos viajes nocturnos por las calles de París. Pero a la vez, poco a poco, fue cediéndole más tiempo a la pintura. Se encerraba durante horas en su estudio y dibujaba sus paisajes con una meticulosidad enfermiza. Había descubierto que esa exagerada dedicación le absorvía de tal manera la mente que era capaz de concentrarse en esa labor sin pensar en nada más. La señora Waugh, su único contacto con el mundo exterior, procuraba visitarle y era el único testigo de los esfuerzos de Harry por mantener alejada una realidad insoportable.

Lo curioso es que aquellos paisajes límpidos y cristalinos tan carentes de fuerza ejercían una extraña sensación de desasosiego. Era fácil apreciar en ese tratamiento artesanal semejante al de un pintor flamenco del siglo XV un aire de terror que parecía deliberado. Así que, a pesar de estar tan alejados de las modas reinantes en la ciudad, los lienzos alcanzaron la fama y Harry conoció un cierto éxito profesional con su trabajo. Fue entonces cuando decidió alejarse de Saint Germain des Prés ya que cada vez le era más difícil soportar ese ambiente. Tanto que empezó a explorar otras zonas para fijar su residencia.

Un día, después de haber estado paseando toda la mañana intentando dar con el lugar apropiado para instalarse, tomó una larga calle que al final desembocaba en el cementerio de Père Lachaise. Se asomó a su interior y no pudo evitar sentir una honda inquietud al contemplar ese bosque de tumbas que se extendía entre avenidas como si se tratara de una ciudad aparte. Cami-

nando entre las sepulturas le llamó la atención una mujer que gesticulaba y hablaba sola. Se acercó para observarla más de cerca. En realidad, hablaba con un muerto. Se agachaba y limpiaba una lápida. La miraba y sonreía. Decía algo y callaba, esperando una respuesta. De nuevo comentaba algo, levantaba un poco la voz como regañando cariñosamente al ser que descansaba bajo la tierra y volvía a sonreir. Al cabo de un rato colocó una flor, se despidió y se marchó. Harry temblaba de emoción. En ese remoto rincón la muerte era algo real, se podía tocar. No existía un lugar en el mundo donde pudiera estar más cerca de Sara. En los siguientes días buscó afanosamente una residencia en la zona y la encontró muy cerca del cementerio, al lado de una tienda de flores, en la rue de la Roquette.

La señora Waugh no entendía nada. Ahora que por fin Harry podía aspirar seriamente al éxito se mudaba a una zona alejada de las galerías y museos. «Usted no puede vivir aquí, debe volver a San Germain des Prés, ahí esta la vida, la gente... », le repetía una y otra vez su protectora. «Me da asco la vida, yo sólo quiero estar lo más cerca posible de la muerte porque así estaré cerca de Sara», respondía impasible Harry. La señora Waugh abandonó toda tentativa para que Harry cambiara de idea, pero no se olvidó de él. Un año después de su traslado a la rue de la Roquette le propuso montar una exposición con toda la obra que tuviera disponible en una galería de la rue Dauphine, una hermosa calle bañada por la luz del Sena.

Aquella exposición supuso la consagración artística de Harry. El flamante pintor vendió más de la mitad de su trabajo y fue felicitado efusivamente por críticos y aficionados al arte. Harry hizo un esfuerzo sobrehumano por mantener una actitud mínimamente sociable durante el acto por cortesía hacia la señora Waugh y porque necesitaba dinero para vivir. Así aguantó estoicamente hasta el final. Cuando se despidió del último invitado salió a la calle y respiró la fragancia del Sena aliviado. Ya había empezado a caminar hacia su casa, intentando asimilar lo que para él era un triunfo incomprensible, y de pronto, una voz le devolvió al mundo real.

–¿El señor Morrison? Harry Morrison... No quisiera retirarme sin haberle felicitado. Dios mío qué éxito... sus paisajes..., qué habilidad en la ejecución, qué facilidad natural, pero resulta tan chocante...;

Harry se volvió hacia un extraño que le había tomado del brazo.

–Disculpe, me temo que no tengo el gusto...

–... por Dios, señor Morrison..., –prosiguió el hombre sin dejar terminar a Harry– la señora Waugh me ha hablado tanto de usted. Es un héroe de guerra, tuvo un papel destacado en Normandía e incluso llegó a Berlín para darle una patada en el culo a ese histérico de Hitler. Por cierto, qué bigote tan ridículo llevaba ese individuo ¿cómo podían los alemanes temer y respetar a ese patético payaso?

Harry no entendía nada así que insistió; «Verá, deberá disculparme, tengo cierta prisa... »

–Ah no, no quiero retenerle ... . es que me preguntaba... cómo una persona que ha sufrido tanto es capaz de crear obras tan... espero que no se ofenda señor mío pero... usted a mí no me engaña ¿sabe?

–No estoy seguro de entenderle... repuso, cada vez más nervioso, Harry.

–Vamos, amigo, es evidente que sabe de qué le estoy hablando... sus cuadros son tan... asépticos, si me permite la expresión. No hay ni una suave oleada de emoción en ellos, por favor. Usted es como yo, un auténtico estafador. Hoy esos infelices se han ido a casa llevando bajo sus brazos lienzos de un Hobbema o un Ruysdael reencarnado. O tal vez le han tomado por Corot o Boudin... quién sabe lo que pasa por la cabeza de esos idiotas... pero usted es un enigma... Los artistas que han padecido situaciones terribles en su vida no se cansan luego de torturarse y sus obras son espejos exagerados de sus vivencias. Son obras de arte sublimes, desde luego, pero ¡son tan pesados! Usted sin embargo con el

mínimo esfuerzo es capaz de crear la ilusión de grandeza en lienzos... vulgares. Enhorabuena querido, eso tiene su mérito.

–Harry había llegado al límite del desconcierto. Así que empezó a plantearse seriamente la posibilidad de aplastar de un puñetazo a ese insolente para que cerrara la boca de una vez.

–Bueno, mi buen amigo, –indudablemente el tipo no sabía el riesgo que corría hablándole así a Harry o si lo sabía estaba más loco de lo que parecía– siga así, enriqueciéndose a costa de estos imbéciles, siga fingiendo ser lo que no es, engáñelos, no se merecen otra cosa. En la próxima exposición prometo comprarle un par de cuadros. Tengo unos parientes lo suficientemente necios como para hacerles creer que un día ese regalo colgará en las paredes del Louvre ¡A saber qué locas ilusiones se harán! ¿se lo puede imaginar usted? En fin, sigo tras sus pasos. No le voy a perder de vista. Buenas noches señor Morrison.

Harry se quedó aturdido en la acera mojada por la lluvia. Ese impertinente desconocido le había hecho una crítica artística totalmente irrebatible. Cuando llegó a casa contempló su último trabajo, unas tumbas del cementerio de Pére Lachaise. Lo observó detenidamente pero la cuestión no admitía dudas. Bajo esas pinceladas emergía la obra de un pintor dotado de una técnica envidiable pero era inútil rastrear nada más alla. Ahí no había pasión ni se percibía el hálito de la vida.

Harry no podía dejar de mirar la pistola. Había caminado tanto hasta llegar a ese punto… pero no le quedaba más remedio. No podía soportar seguir viviendo así. No había logrado olvidar a Sara por más que lo había intentado. Llevaba años huyendo desde que ella tomó aquel avión a Filadelfia. A partir de ese día había arrastrado una vida agónica entre los campos de combate de Europa y las tabernas de París. Aquello no tenía sentido. Miró de nuevo tras la ventana el cielo de aquella ciudad y por primera vez desde que estaba allí fue consciente de lo realmente hermosa que era la vista.

Luego se sentó y se colocó la pistola contra la sien. Y fue en ese preciso momento cuando algo golpeó con fuerza en su interior. La oscuridad del cañón le llevó instantáneamente a un viaje sin retorno a la nada.

En ese vacío todavía su sufrimiento podía ser mayor. Allí ni siquiera le quedaría la memoria, jamás volvería a extasiarse con las imágenes fugaces de ese rostro diciéndole «sácame de aquí, no podría querer a otro». Esos retazos de vida se difuminarían en una masa oscura sin fin… no volvería a soñar con Sara ya más… Se levantó, fue hacia la ventana, la abrió y arrojó la pistola a los tejados. Miró hacia Pére Lachaise y se hizo a la idea, como en Berlín, de que el camino que había tomado no tenía salida posible. Estaba de pie, indeciso. Así pasó el tiempo, incapaz de reaccionar, sufriendo en lo más profundo un dolor tan intenso que no se podía describir. Cuando logró acostumbrarse a esa amarga sensación emergió del infierno una vez más. Se mantuvo a flote un rato vagando a la deriva en su laberinto. Por fin reaccionó, tomó la chaqueta del armario y se dirigió a la puerta. Había decidido pasear por las moribundas avenidas de Pére Lachaise aprovechando que todavía faltaba una hora para que lo cerraran al público. Al fin y al cabo luego tendría toda la noche para retomar el cuadro en el que estaba trabajando.